

San Ignacio de Loyola

Y LA

INMACULADA.



BX4700
.L7
A4
c.1

BX4700

.L7

A4

c.1



1080025366

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Y

LA INMACULADA

León, 31 de Julio de 1904.

IMPRIMASE

† LEOPOLDO.

Obispo de León.

VALVERDE Y TELLEZ
FONDO EDITORIAL

18888

Bx 4700
A.C. 7

SAN IGNACIO DE LOYOLA

LA INMACULADA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125903



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Y

LA INMACULADA

I

Magnífico año el que corre para los devotos hijos de la Virgen Inmaculada. El dulcísimo título de *Mariano* le compete á maravilla. Fijas las miradas de toda la cristiandad en María Inmaculada, latiendo con desusado fervor todos los corazones, puestas á contribución todas las inteligencias, para enaltecer la Madre de Dios en su concepción sin mancha de pecado, predícase en la sagrada cátedra sus grandezas, recomiendase su devoción fervorosa en pláticas y ejercicios espirituales revuelven se archivos, intérprentanse monumentos, descifranse polvorientos manuscritos para reveindicar cada cual, aguijado por santa competencia, para su patria, para su pueblo, para su Orden Religioso, para sus Santos, si no el primero por lo menos un puesto de distinción en el hermosísimo teatro de los siglos cristianos honrando á porfía á la Madre augusta de Jesucristo en el misterio de su Concepción Inmaculada.

El actual mes de Julio, consagrado á San Ignacio de Loyola, nos pone en las manos las armas para tomar parte en esta nobilísima justa de los ingenios, y hacer patente cómo debe contarse entre los aficionados y devotos de la Virgen Inmaculada al santo Fundador de la Compañía de Jesús; y esto, no solo, como se pudiera sospechar de antemano, por su devoción entrañable á la Madre de Dios y por su caracter de fundador de una religión que "no menos se puede decir Compañía de Jesús que Congregación de María" Inmaculada, sino también y principalmente en atención á algunos datos no despreciables que acerca del particular nos suministran sus historias.

II

La historia completa de San Ignacio de Loyola no puede escribirse si de sus páginas se borra el sagrado nombre de María; tan fervorosa fué

la devoción á esta Señora que ardió en su pecho desde los primeros años de su conversión y santificación.

Si en Loyola se convierte de veras á Cristo y recibe sobrenatural esfuerzo para seguirle muy de cerca, ha de ser poniendo por testigo á María y recibiendo señalados favores de su mano; si en Monserrat se despoja para siempre de los restos de mundana gloria para vestirse las nuevas y espirituales armas de la pobreza y humildad de Cristo, ha de colgar el talabarte de que penden daga y espada ante un altar de María, y ha de velar sus armas ante una imagen de María, que será en adelante *la Señora de sus pensamientos*; si en Manresa hace estupendos progresos en el camino de la perfección, ha de ser acudiendo á María en sus más graves aprietos y siendo favorecido por ella por mil modos maravillosos; los santuarios de Aránzazu y Monserrat, la Guía y Viladordis, des Champs y Montmatre, della Storta y della Strada, son las piedras miliarias que marcan los caminos que anduvo Ignacio desde su conversión hasta su definitivo establecimiento en Roma; y más tarde su profesión solemne de un altar suyo en Roma; María le ayuda en la fundación de la Compañía y redacción de las Constituciones, que le confirman muchas veces visiblemente; en fin para decirlo en una palabra, «no sabía hacer, decir, ni pensar, sino es por María y con María y para honra de María; á ella acudía en todas sus necesidades; con ella esperaba vencer los mayores imposibles; por ella daba principio á todas sus empresas; ni lo grande ni lo pequeño sabía empezar, ni proseguir, ni acabar si no es en María.» [1]

Ahora bien, así como lo fué de María, ¿fué San Ignacio devoto de su Purísima Concepción?

Según las trazas ordinarias de la Divina Providencia debía ser devotísimo el fundador de una Religión que tanto ha amplificado entre los hombres el reinado de la devoción á la Inmaculada, como la Compañía de Jesús; porque al elegir el cielo á San Ignacio para ser su fundador le elegía para que por conducto suyo principalmente recibiese la nueva religión su espíritu y vida característica é interna, y por consiguiente su devoción fervorosa á María, especialmente en su Concepción Inmaculada.

Fundada opinión es que uno de los fines principales que en el plan de la Divina Providencia presidió á la fundación de la Compañía de Jesús fué la defensa y propagación de la devoción á la Concepción Inmaculada. Las revelaciones y manifestaciones celestiales hechas á las vírgenes del Señor María de la Antigua y D^a Marina de Escobar, y sobre todo la explícita y categórica afirmación de San Alonso Rodríguez, hecha por impulso especial de lo alto, como él mismo lo dijo, de que *una de las principales razones por las cuales ha suscitado Dios la Compañía de Jesús ha sido la defensa de esta verdad*, véanse plenamente confirmadas por la historia de esta religión, que prueba con la fuerza de los hechos, como dice el P. Tomás Strozzi, «que la Compañía de Jesús fué

(1) P. Francisco García, *Vida de San Ignacio de Loyola*, lib. v. cap. viii.

dada de Dios al mundo para defender e ilustrar la Concepción Inmaculada» [1].

Vemos que los predicadores desde el púlpito, los poetas en sus inspiradas canciones, los directores espirituales en sus exhortaciones y avisos, los maestros en sus lecciones y disputas, los escritores todos en sus numerosos libros, han trabajado siempre con ardor incansable hasta la definición dogmática y siguen trabajando todavía por la defensa y exaltación de la Inmaculada; vemos que si en la antigua Compañía contaba el P. Nieremberg en su tiempo setenta autores que habían consagrado sus plumas á tan noble empresa, y el célebre teólogo P. Vázquez notaba que hasta sus días ningún hijo de la Compañía había ni siquiera puesto la menor duda en la Concepción sin mancha de María; en la nueva compañía podemos afirmar otro tanto, y computar con el P. Sommervogel [2] en trescientas cuarenta y cuatro las obras publicadas por sus hijos en defensa de la Inmaculada y narrar los muchísimos trabajos emprendidos por los hijos de Loyola para probar que la piadosa creencia era verdad divinamente revelada. Razorable es deducir de estas ligeras indicaciones lo que ha poco afirmábamos: que este espíritu de devoción ferviente y entusiasta á María Inmaculada animó antes que á la Compañía de Jesús al que fué su Patriarca y fundador.

La pintura se ha encargado varias veces de encarnar en artísticos lienzos y representarnos la devoción de San Ignacio á la Inmaculada, como fundador de la compañía de Jesús [3]. La Santísima Virgen María, la mujer del Apocalipsis, se eleva graciosísima esparciendo la suave fragancia de la gracia que á torrentes la inundó en el primer instante de su ser, coronada de estrellas, vestida del sol, hollando sobre la luna que sostiene por ambos lados San Francisco de Asís y San Ignacio de Loyola; los patriarcas de dos Ordenes religiosas que tanto se han aventajado en defender el misterio de que tratamos.

III

Por gran dicha nuestra, la historia misma nos permite afirmar con hechos irrecusables que «comenzó esta devoción (á la Inmaculada, entre los hijos de la Compañía) con nuestro santo Padre» (4); basta seguir el hilo de su vida, y en casi todas sus partes aparece alguna señal exterior notable de esta devoción.

No nos detengamos á afirmar y probar que en el pecho y corazón de Ignacio estuvo siempre arraigadísima la que entonces solo era piadosa creencia de la Concepción purísima de María, no solamente cuando su mente recibía sus inspiraciones sólo de su corazón caldeado en amor

(1) Así se intitula el cap. xxxii, lib. vii, t. ii de su magnífica obra en italiano *De la Concepción Inmaculada tratada historialmente*, impresa en Palermo en 1700.

(2) *Biblioteca Mariana de la Compagnie de Jesús*. París 1885.

(3) P. Tomás Strozzi, O. C. lib. vii.

(4) P. Nieremberg. *Honor del gran Patriarca San Ignacio de Loyola*, cap. iv.

á la Madre de Dios, sino mucho más sin duda cuando las recibía también de sus largos y concienzudos estudios teológicos; no nos detengamos á probar esto, que el gran concepto y estima de la Santísima Virgen que manifiesta el Santo en el libro de los Ejercicios Espirituales no nos permiten dudar un punto sobre el particular.

Y ¿cómo no había San Ignacio, no digo ya de creer la Concepción sin mancha de María, sino aun de ser aficionadísimo á este misterio, si en él precisamente fué María la patrocinadora de su fervorosa conversión? Curándose estaba todavía en Loyola el valiente militar de las heridas recibidas en los muros de Pamplona: á aquella lucha estrepitosa habíase sucedido otra más callada, pero también más reñida y trascendental, entre Cristo y el mundo, que se disputaban la posesión completa de aquel corazón esforzado; tras prolongada contienda, se decide Ignacio; se levanta resueltamente una noche de su lecho, póstrase á los pies de un cuadro que representa á la Santísima Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción, y con un heroísmo que hace temblar al infierno, jura seguir en primera fila á Cristo; y poniendo á María Inmaculada por testigo y protectora en la nueva vida que medita abrazar, emprende á pasos acelerados la carrera de la santidad.

Y antes de esta valiente resolución y término de la pelea ¡cuántas oraciones, cuántas miradas suplicantes había dirigido á aquel cuadro como testigo de sus combates! ¡cuántas veces, terminados éstos, dirigiría á María Inmaculada, envueltos en fervorosas aspiraciones, los abrasados afectos de su corazón, y haría oración ante aquel cuadro bendito, y la Santísima Virgen le oiría y maravillosamente le consolara y confortaría!

Pues ya no nos extrañe que su devoción á la Madre de Dios aparezca embellecida con el amor á su Concepción sin mancha. Porque al venerar Ignacio la pureza inmaculada de María desde el primer instante de su ser, veneraba á aquella Señora que le tomó bajo su poderoso patrocinio en su conversión; á aquea Señora que se le apareció una noche con su Hijo preciosísimo en los brazos y barrió de su alma para siempre jamás todo rastro de afecto menos puro; en cuyo honor y con cuyo valimiento hizo en su viaje de Loyola á Najera, según el P. Rivadeneira, voto de castidad; á aquella Señora, en fin, á quien crea que de tal modo le cuadraba el haber sido siempre Virgen purísima, que poco faltó para que traspasase con su daga, camino de Monserrat, á aquel moro que tuvo la osadía de negarlo.

Peró donde más altas subieron en el pecho de Ignacio las llamaradas de su amor á la Inmaculada, para conservarlas toda su vida, fué sin duda en Manresa, su *Iglesia primitiva*, si hemos de dar oídos al P. Nie-remberg. «No fué sin particular providencia de Dios y favor de su Santísima Madre, dice el citado historiador, llevar á San Ignacio á Manresa, para que allí diese principio á su fervorosa y milagrosa vida, y confirmando en la devoción de ésta Señora, y principalmente de su purísima Concepción, á vistas y oídas de aquel raro suceso que aconteció en aquella villa» [1].

Cuenta después aquel caso famosísimo en Manresa y en muchas pro-

(1) O. C. cap. iv.

vincias de España, y aun en la corte romana, del canónigo Francisco Mulet, que el 9 de Septiembre de 1428, al llevarlo á enterrar resucitó, con estupor de los presentes, para retractarse, por orden de Dios, de la sentencia contraria á la concepción sin mancha de María, que había tenido en vida, á pesar de su devoción á la Madre de Dios. En aprobación de esta historia, á más de dos procesos hechos cuidadosamente por el santo tribunal de la Inquisición de Barcelona, había varios cuadros que la representaban en el claustro de la colegiata de la Seo, una de las iglesias que es tradición en Manresa visitaba diariamente San Ignacio. No se puede creer sino que el oír narrar esta historia, y sobre todo el ver frecuentemente y considerar estas pinturas, encendería más y más al santo peregrino en amor á la Inmaculada, como encendió á los manresanos, que tanto se distinguieron siempre por su entusiasmo por este misterio. «No dudamos, concluiremos con el P. Nie-remberg, que Dios previno este milagro para confirmar en la devoción (á la Inmaculada) á aquel que escogió por capitán del escuadrón que de nuevo envjaba al mundo para defender y apoyar esta verdad».

«En la hoy plazuela de Santa Lucía, frente por frente á la calle de este nombre, ha habido desde tiempo inmemorial hasta el año de 1859, en el frontispicio de la que llamaban Casa-joana, una capilla ó nicho en que se venaraba á San Ignacio y á San Juan Bautista á los pies de la Inmaculada Concepción. He aquí la historia de esta pintura: En tiempo de San Ignacio se adoraba en esta capilla una imagen de la Purísima y delante de ella se postraba el Santo al ir y volver del hospital de Santa Lucía. En memoria de esta devoción se añadió en el retablo de la Virgen la figura de San Ignacio; la del glorioso Precursor se puso por ser los dueños Casa-joana, ó sea casa de Juan... El lienzo que había últimamente, copia de otro, más antiguo en el cual aún pueden verse algunos rastros de una inscripción que había al derredor..., lo guarda ahora Antonio Ribas, ferviente satólico» en el mismo Manresa (1).

También probablemente en Manresa usaría San Ignacio el bastón que «se conserva en la capilla privada del Duque de granada. Sobre un nudo del puño hay una figurita de la Inmaculada Concepción, cuyo relieve está desgastado por el uso. Nuestro Padre lo daba sinduda á besar frecuentemente» (2). Buen despertador de su familiar recuso y frecuentes aspiraciones á la Virgen Inmaculada, al par que excitador y promotor en otros de la misma dulcísima devoción!

La afición entrañable á la Concepción Purísima de nuestra Señora, comenzada en Loyola y fomentada en los fervores de su vida ascética en Manresa, hubo de continuar y afianzarse en París, cuando, según uso de los que se guardaban en aquella Universidad, «hizo voto de defender la Inmaculada Concepción de María, como se lee, en Roma en un libro escrito de su mano» (3). ¿Lo firmaría con su propia sangre, como más tarde había de firmar el mismo voto uno de sus hijos más esclarecidos, Juan Berchmans?

[1] *San Ignacio en Manresa*, album histórico, núm. 11.

[2] *Lettres d'Uclès*, 1889.—Reliques de famille.

[3] P. García. *Vida de San Ignacio*, lib. v, cap. VIII.—Lo mismo cuenta Virgilio Nolaris en su *Vita del Patriarca Sant Ignatio*, pág. 189.

Ni solamente tenía Ignacio muy dentro de su corazón la creencia en el gran privilegio de la Madre de Dios, sino que ansiaba que todo el mundo la abrazase y que sus hijos de la Compañía la predicasen y por todos los medios posibles la persuadiesen eficazmente á los fieles; así nos lo refiere el P. Andres Pinto cuando juntamente nos cuenta aquel rasgo de la prudencia y moderación características del santo Patriarca (1). Había fijado publicamente en Roma el Doctor Olave, de nuestra Compañía, cierta conclusión en favor de la Inmaculada, mas en términos un tanto furtes sin duda para aquellos tiempos; supo lo San Ignacio y mandole al punto que la suavizase porque deseaba, sí, que sus hijos persuadiesen al Pueblo fervorosamente la Concepción sin mancha de nuestra Señora, pero también quería que en las disputas escolásticas, más ocasionadas á faltas contra la caridad, la defendiesen con suavidad y moderación.

Para concluir, ¿qué mejor testimonio de este celo de Ignacio, al par que de su ferviente devoción á la Concepción Inmaculada, que este hecho que nos cuentan graves historiadores? Había la Compañía de Jesús de iluminar su gloriosa historia con los suaves resplendores de la ciencia; había de descender muchas veces á la arena del combate contra los enemigos de la verdadera ciencia: pues bien, dispuso con acierto admirable su santo Fundador que el primer acto público en que diese gallarda muestra de su ciencia fuese una pública consagración de la misma á María Santísima en el misterio de su Concepción Inmaculada. Porque ordenó que las primeras conclusiones públicas que en nuestro Colegio Romano se defendiesen, tuviesen por *potísima ó cuestión titular* la defensa de la limpieza de María en el primer instante de su ser; y mientras se celebraba esta espléndida dedicación de los estudios de la Compañía á su reina y madre, allí estaba su Preposito general autorizando el acto y dándole como carácter oficial con su presencia (2). ¡Magnífica inauguración, que muestra en esperanza el fruto cierto, de los gloriosísimos combates que había de reñir la Compañía de Jesús por la defensa del incomparable privilegio de María! ¡Digno coronamiento de la devoción entrañable de su santo Patriarca á la Inmaculada!

Hemos señalado y vindicado, á nuestro parecer, suficientemente el puesto que entre los aficionados á María Inmaculada corresponde á San Ignacio de Loyola. El, que es ya feliz morador del cielo y dulcemente embebecido contempla cara á cara sin sombra ni celajes aquella belleza inmaculada, *toda hermosa*, de la Virgen sin mancha, tenga abien hacer que en este solomnísimo cincuentenario de la definición dogmática prenda en nuestros corazones para abrasarlos en dulcísimos ardores, una chispa del incendio de amor que acá en la tierra ardió en el suyo hacia nuestra Reina soberana y Madre amantísima, María Inmaculada.

(2) P. Nadasí, *Annales Mariani Societatis Jesu*, núm. 128.

[1] *Inmaculatam Conceptionem venerata est Societas, cum Romae primas Theses Theologicas, viventes adhuc Ignatio, proposuit; in quibus princeps quaestio Inmaculatam Conceptionem asserebat.*—*Inago primi saeculi Societatis Jesu*, lib. I, cap. v, pág. 77.—Lo mismo cuenta el P. Antoni Solís en su obra rara ya, *El caballero de la Virgen San Ignacio de Loyola* Sevilla, 1741, part. II, cap. III, quien dice se celebró el acto «con asistencia de nuestro santo padre»; y el P. García, *Vida de San Ignacio*, lib. v, cap. VIII.

A. M. D. G.